



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

BOLÍVAR Y LA UNIDAD CONTINENTAL

por

AUGUSTO TAMAYO VARGAS



Perú

BOLÍVAR representa la unidad de nuestros pueblos, llamados hispanoamericanos o iberoamericanos o latinoamericanos en la nomenclatura oficial de las instituciones internacionales de hoy. Su figura es más que un personaje, un símbolo, un mito americano de nuestra integración.

El sentimiento de la unión iberoamericana, emancipada del Imperio Español nace alrededor de la sublevación de indios recargados de tributos, encabezada en la región del Cuzco por José Gabriel Condorcanqui, rebautizado con el título de Túpac Amaru II. Pero se hace idea, ante el conocimiento de los hechos de sangre que se producen entonces como represión de la revolución sur peruana, con ramificaciones en toda Sudamérica. Y la idea manifestada por boca de criollos se hace patente en 1781 en dos cartas de un ex jesuita arequipeño, Juan Pablo Viscardo, entonces exilado en Massacarrara, Italia, al cónsul inglés en Liorna, John Udney. En ella se habla ya de una franca revolución unificada de “indios” desde Quito hasta Tucumán. Y se manifiesta que desde Panamá hasta la Patagonia se puede realizar una activa labor para separarse del dominio español, con la ayuda de armas por parte de Inglaterra; y la consiguiente formación de un nuevo país que vendría a ser en realidad una Confederación de los pueblos de Sudamérica, al decir Viscardo “desde el Istmo de Panamá hasta Buenos Aires”. Pero —creo— extendiendo en su contexto un sentido de emancipación y de comunidad que va más allá, hasta los últi-

mos límites septentrionales del dominio español en América. “Los vejámenes inferidos a estos pueblos —se refiere a toda Hispanoamérica— no han hecho sino acelerar una Revolución”, dice Viscardo el 30 de septiembre de 1781, en la segunda de las mencionadas cartas a Udny. Posteriormente —ya conocedor de la derrota y ejecución de Túpac Amaru y sus familiares— Viscardo escribirá en París, para 1792, su “Carta a los Españoles Americanos”, cuando ya desconfiaba de la ayuda inglesa aunque persistía en pedirla. Y este documento, editado mucho después de su composición, en francés, en 1799, por el ministro de Estados Unidos Rudolf King, y en español en 1801 por el venezolano Francisco Miranda, se constituyó en la base de un movimiento separatista de España y unificador de América, que desgraciadamente fue detenido y superado más tarde por un divisionismo provinciano, con el fatal éxito de intereses lugareños criollos pudientes y de caudillos regionales. “El momento de la libertad ha llegado” —dice Viscardo, quien añade—: “Plugiense a Dios que llegue sin dilación.” Y luego de considerar que vendrán hacia el continente gentes de todo el momento expresa sentencioso: “De esta manera la América reunirá las extremidades de la tierra y sus habitantes serán atados por el interés común de una sola Grande Familia de Hermanos.” El panfleto se distribuye por Europa y América. En su expedición a Venezuela, Miranda la lleva como la Biblia de los nuevos americanos y dice que es escrita “por un varón santo y a tiempo de dejar el mundo y para aparecer ante el Creador del Universo”. Y todos los revolucionarios de 1810, desde los “guadalupanos” de México hasta los más conservadores de la Junta de Buenos Aires, tendrán en cuenta ese primer manifiesto proamericano y visionario: la Carta del Padre Viscardo. Andrés Bello lo señalará con letras imborrables en su *Alo-*

cución a la poesía: “Ni Arequipa que de Viscardo con razón se alaba.”

En su ensayo sobre *El Congreso de Panamá*, Raúl Porras Barrenechea citaba a Miranda como otro de los precursores de la “solidaridad continental”, al proponer al gabinete de Inglaterra su plan para libertar a Hispanoamérica, en una sola gran nación, “en un vasto Estado común”, que abarcara desde el Mississippi hasta el Cabo de Hornos. La formación de una Junta por la libertad americana en que se unían el peruano Olavide, el chileno Salas, el venezolano Miranda, hablaba ya por sí sola de ese común esfuerzo y de ese pensamiento unificador, que ratificó Miranda en 1798, ante el ministro Pitt. Aquél había ya hablado de *Colombia*, como unidad continental propuesta; y bautizó a su periódico en Londres *El Colombiano*, entendido como intérprete de ese gran país por formarse entre el “Mississippi y el Cabo de Hornos”.

En aquel mismo tiempo, viajaba de El Callao hacia Acapulco un frailecito mercedario que había tenido problemas dentro de su comunidad de Lima, donde naciera en 1756. Se llamaba fray Melchor de Talamantes, doctorado en teología en la Universidad de San Marcos, gran lector de libros de la Ilustración, colaborador del virrey Francisco Gil de Taboada y Lemus y autor de las *Memoorias* de este virrey culto, así como conectado con los hombres de la Sociedad Amantes del País, Regente Mayor de Estudios y Definidor General de la Provincia de la Orden de la Merced, en el Perú. Por alguna particular situación se le ve llegando a México, en noviembre de 1799; y desde su arribo se vinculará a los disidentes criollos —aún indefinidos— entre los que brilla, convirtiéndose en figura de primera importancia, desde 1803. Su papel revolucionario lo aparta del convento de La Merced y lo lleva a vivir en un pequeño cuarto aislado, como Viscardo vive

también en aislamiento y pobreza, como exilado ex jesuita, en Livorno. En 1807, Talamantes es comisionado por el virrey para reunir la documentación necesaria a fin de establecer los límites de Texas y la Luisiana. Y allí comienza a perfilarse ya el político que hoy se llamaría perspectivista: “La costa NO de la América —dice— Estados Unidos, quedaría a su disposición . . . serían los vecinos más terribles —añade— . . . cuando no se declarasen unos enemigos formidables. Es muy de temer —concluye— que si la España no se aprovecha prontamente de las proporciones que se le presenta, se vea despojada con el tiempo de la Provincia de Texas, abriendo las puertas de sus preciosos dominios a unos vecinos inquietos, turbulentos y demasiado formidables por sus miras ambiciosas.” Esto, repetimos, escribía en 1807, con extraordinaria visión política.

Al año siguiente, 1808, Talamantes escribe dos folletos: uno estableciendo la conveniencia de convocar a un Congreso General de las Colonias Americanas; y otro planteando un sistema de constitución política para una posible Confederación Americana. Esto estaría de acuerdo con los mexicanos del Ayuntamiento de la ciudad de México, que habrán de ser depuestos junto con el virrey Iturrigaray, y hechos prisioneros, en la noche del 15 al 16 de septiembre de ese año de 1808. Continuadores de esa obra fueron los “guadalupanos” y revolucionarios Hidalgo, Allende, Aldama, etcétera.

La Inquisición sometió a juicio al padre Talamantes y fueron sus principales acusadores sus compañeros de Orden. Condenado al destierro, fue enviado provisionalmente al Castillo de San Juan de Ulúa, en Veracruz, donde murió súbitamente envenenado el 9 de mayo de 1809, afirmándose que su fallecimiento se había producido por la “fiebre amarilla”. Esta figura del pensamiento y del

martirologio americano, es casi desconocida en el Perú. Así lo afirmaba ya Ricardo Palma al saber de él y escribir sobre la extraordinaria personalidad del limeño Talamantes en 1909: “Confieso que la primera noticia que de tal fraile he tenido.”

Talamantes es el continuador de la línea de Viscardo. Éste señaló la necesidad de la separación de España y la formación de una gran nacionalidad hispanoamericana. Talamantes vio prácticamente las posibilidades políticas de un nuevo Estado y formuló las bases de una Constitución que habría de ser propuesta a un Congreso General de la América Española. Esto, antes del intento federativo y liberal de las Cortes de Cádiz que presidiera otro peruano, Vicente Morales Duárez. Y así fray Melchor de Talamantes continúa la línea que habrá de ser retomada y vivificada por Simón Bolívar, en años posteriores.

Allá, en el sur americano, el limeño Juan Egaña, convertido en líder de la Emancipación de Chile, solicita la reunión de un Congreso General de Representantes de América; mientras *El Satélite del Perú* decía, en aquel mismo tiempo, 1812: “Por Patria entendemos la vasta extensión de ambas Américas.”

La independencia de Guayaquil —en 1820— sostenida como “libre” para someterse a la causa de la gran nación que reuna la mayoría de los pueblos sudamericanos, constituye el doble sentido que juega entonces en la política internacional hispanoamericana: “la libre determinación de los pueblos” a escoger su gobierno y nacionalidad, así como la tendencia a fusionar los centros virreinales en una confederación futura. Pero claro está que hay que llegar a Bolívar para que todo ese sentimiento ibero o hispanoamericanista más propiamente entonces, adquiera la concentración necesaria y el calor de su personalidad genial, escrutadora del destino de las naciones.

Bolívar se preguntaba en 1813: "Y . . . ¿por qué toda la América —siempre esta referencia es para Hispanoamérica— no se reuniría bajo un gobierno único y central? . . ." Mas ha de llegar la fecha clave en que se expresa rotundamente el pensamiento bolivariano, heredado de los Viscardo y los Miranda, pero traspasado ya por el fuego de la acción: es el 6 de septiembre de 1815. Bolívar está en Jamaica. El mismo mar que después verá su agonía desesperada, quince años más tarde, contempla el hecho. Sobre el golpear de las olas se escucha la voz del profeta rompiendo la "siesta del trópico": "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación, con un solo vínculo que ligue las partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión —se refiere indiscutiblemente a Hispanoamérica— deberían por consiguiente tener un mismo gobierno que confederase los distintos Estados que hayan de formarla . . ." Pero el espíritu crítico de Bolívar surge entonces —como más tarde en el Perú, en lo político y en lo literario— y añade: "Mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen América." Y otra vez, el delirante vuelve al tema, subiendo en burbujas el optimismo o el fervoroso deseo: "¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! . . . ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras partes del mundo!" . . . Y el visionario y el crítico reunidos en un último párrafo, proclaman: "Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración." Un horizonte de ideas se abre tras esas palabras. Y cuando

en 1818 se dirige a los hombres del extremo sur, del Río de la Plata, que representan el sector conservador de la lucha emancipadora, dice concluyentemente: “Una sola debe ser la Patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad . . .” Y hablará de un Pacto Americano, con un solo cuerpo político que se presente como un ejemplo sin par. Para concluir: “La América así unida, si el cielo nos concede ese deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones, la madre de las repúblicas.”

El llamado “alfarero de repúblicas” está, en febrero de 1819, ante el Congreso de Angostura para buscar la unidad de Venezuela y Nueva Granada en lo que él denominará desde entonces *Colombia*. Este nombre esconde la clave de la unidad de un Continente para él, pero por entonces y como peña esa primera unión, que habrá de extenderse luego en sus escritos al “Reino de Quito”. En el Congreso de Angostura la voz de Bolívar no sólo responde al ideario de la mancomunidad de los pueblos hispanoamericanos, sino también a su profunda convicción republicana, que muchas veces ha tratado de ser desviada o atacada. Por un lado: “Esta nación se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio.” Por otro: “Un gobierno republicano y las bases de la soberanía popular”, son su plataforma. “Nosotros somos —expresaba conversando consigo mismo— un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, creado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil.” Y aun racialmente dirá, con talento intuitivo: “La sangre de nuestros ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla.”

Ese pequeño género humano —unido por la lengua, las instituciones de una sociedad civil mestiza— era un

conjunto y había que buscar los lazos de su ratificación de unidad dentro de la diversidad, con un sistema de igualdad absoluta. “Ustedes volarán conmigo hasta el Perú. Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano”, subraya en una proclama de 1º de enero de 1817. Cuando ha triunfado —después de tantísimas dificultades— en Boyacá, Carabobo y Pichincha —intuye que Guayaquil es la cabecera de puente: Perú y Colombia están allí— que habrá de llevarlo al Sur para fusionar la mayoría de las incipientes naciones hispano-americanas, que ya comienzan a mostrar la anarquía producida por los intereses regionales. “Yo deseo —manifiesta entonces— que empecemos de hecho la federación: . . . porque es glorioso . . . porque es útil.”

Tesoneramente busca la Patria común iberoamericana cuando firma con José Faustino Sánchez Carrión la convocatoria al Congreso de Panamá, dos días antes de la Batalla de Ayacucho, el 7 de diciembre de 1824. “Tenidas las primeras conferencias entre los plenipotenciarios, la residencia de la Asamblea, sus atribuciones pueden determinar de un modo solemne por la pluralidad y entonces todo se habrá alcanzado.” “El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América, una época inmortal. Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro Derecho Público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo: En ellos encontrará el Plan de nuestras primeras alianzas, que trazarán la marcha de nuestras relaciones con el Universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá? Dios guarde a Su Excelencia. Palacio de Gobierno, en Lima a 7 de diciembre de 1824. Vuestro aliado y confederado, *Simón Bolívar*. Rubricado por el Ministro *Sánchez Carrión*.”

Augusto Mijares, en su biografía *El Libertador*, ha reproducido algunos de los documentos vinculados con el fallido —y sin embargo premonitor— Congreso de Panamá.

Bolívar soñaba con un ejército hispanoamericano de veinte mil hombres y una escuadra “igual, por lo menos a la de los españoles en América”. Y su intención inmediata: la liberación de Cuba y Puerto Rico, hermanos de la misma familia que aún estaban en poder de España. Y otra: la forjación de una cultura y una educación propias para esa gran nación.

Hacia ello nos encaminamos. Con el mismo espíritu que Bolívar mostrara en las horas más aciagas; levantando al pueblo de Caracas, después del terremoto asolador; exclamando “¡Triunfar!”, cuando enfermo y abatido en Pativilca por las noticias que llegaban del resto del Perú, le preguntaría Mosquera qué pensaba hacer; cuando caminaba por sobre negros presentimientos hacia Bogotá después de los “setenta días” de Bucamaranga y reiteraba su lema: “Siempre adelante; nunca atrás.”

Aun cuando en su agonía diga a Fanny: “Me tocó la misión del relámpago: rasgar un instante las tinieblas, fulgurar apenas sobre el abismo y retornar a perderme en el vacío”; una voz le tintinearé en los oídos moribundos: “Tu gloria crecerá con los siglos, como crece la sombra cuando el sol declina.” Y más que el rayo perdido en el abismo, su alma “agitada por grandes tempestades” era la misma América, con su mar “azul y plata”, con “el macizo gigantesco de la sierra”, con los sueños que brotaron en Viscardo, en Miranda, en el propio Bolívar. Y la letra vacilante que escribiera aquella postrera carta era la misma que “iluminó el relámpago de los cañones de Boyacá y Carabobo”; la del Decreto de Trujillo y el Mensaje del Congreso de Angostura; la que señaló el camino

de la invencibilidad a los soldados de Junín; la que sobre la estela luminosa de Ayacucho suscribió el llamado a la unidad de los pueblos americanos, codo a codo con Sánchez Carrión. Bolívar es, así, un grito, una proclama para las nuevas batallas por la emancipación total de nuestros pueblos.

Así se cierra el ciclo de planteamiento de la anfictionía iberoamericana. Un peruano: Viscardo, lo abre con sus precursoras cartas de Massacarrara; otro, Sánchez Carrión, la cierra, rubricando con su denodado esfuerzo de secretario de toda la campaña libetadora peruana y con su firma de pensador republicano al pie de la de Bolívar la convocatoria a una reunión que está aún por cumplirse. Al centro, Bolívar, el símbolo cenital de ese pensamiento unificador: "El Mundo nuevo de una sola nación americana." "Una sola la Patria de todos los iberoamericanos." El mar está chocando muchas veces contra los murallones de nuestros pueblos; pero aún la idea subsiste salpicada de nuevas olas de emancipación común.